

EUROPA

Aquella primera vez en París fuimos directamente al hotel, desde cuyas ventanas sólo se veía la desolación de los edificios del otro lado de la calle, a unos doce metros de distancia. Era una tarde de invierno. Luego fuimos en coche a Montmartre para cambiar dinero en el mercado negro.

La transacción, a cargo de un rotatorio grupo de árabes envueltos en abrigo y jerséis, tuvo lugar en la trastienda del bar. Hubo silencios, discusiones y salidas frecuentes para consultar a un superior que era quien tenía realmente los francos. El aire se llenó de incertidumbre y confusión. Antes de que pudiéramos llegar a un acuerdo, dijeron, tenían que llevar cien dólares en billetes de veinte a un experto para que les confirmara que eran auténticos. Dejaron francos como garantía y cuando finalmente volvieron lo hicieron satisfechos. Apenas unos minutos después, debido a lo que podría haber sido un malentendido, todo se torció y nos devolvieron los cien dólares. Parecía papel de cuaderno. Un breve examen demostró que no eran los dólares originales sino unos falsos. Era el mismo dinero, insistieron, y empezaron a marcharse. Nos interpusimos entre ellos y la puerta. Eran más menudos pero tenían una reputación. Amenazamos con llamar a la policía. Llámenla, nos dijeron, pero al final nos devolvieron el dinero. Nos fuimos sin francos, pero sintiéndonos astutos.

Unos años más tarde perdí un coche en una operación similar. El posible comprador, un hombre afable que dijo ser descendiente de rusos —recuerdo su nombre, Guivi—, llegó a tener tan alta opinión de mí durante la conversación que mantuvimos que quiso saber mi parecer sobre un hombre que le pedía empleo. Estábamos discretamente en la

barra de un café y me señaló al solicitante, que se encontraba sentado en la terraza. No me pareció particularmente fiable. Y no me equivoqué. La visita a la cafetería, como cualquiera habría imaginado, no era para que yo lo evaluara a él sino al contrario. Cuando salí del hotel aquella noche, él estaba escondido al otro lado de la calle, listo para aprovechar mi ausencia. A medianoche, cuando regresé, el coche que había estado aparcado cerca de la entrada había desaparecido. Nunca volví a verlo. Si había aprendido algo de suspicacia en mi primera estancia en París, se había debilitado y muerto después de tantos años de inactividad.

Pero no es así como se levanta el telón.

Éramos tres: Farris, el director del club de Wiesbaden que era el dueño del coche y yo. Habíamos salido por la mañana temprano y recorrido carreteras vacías. Estábamos en Europa, por primera vez en mi caso. Corría el año 1950 y Europa estaba empobrecida. El yeso se cuarteaba, las cortinas estaban raídas. Hacía apenas uno o dos años todavía se vendía por un cartón de tabaco. La desesperación había sido enorme y teníamos ante nuestros ojos la prueba: teléfonos antiguos, coches viejos, ropa insulsa. Sin embargo, Europa no había olvidado cómo obtener placer ni la forma de hacer las cosas.

A Farris lo conocía bien. Habíamos sido compañeros de clase y de compañía, y luego estuvimos destinados juntos tres años. En esta escena él se encuentra en su apogeo, tiene unos veintisiete años y está cómodamente alojado en el Hotel Schwarzer Bock, cerca de casas arrasadas, en su primer viaje por Europa.

A veces, por la calle o al subir a un avión, ves a alguien que ha muerto; no me refiero a alguien rodeado de un halo o vestido de blanco, sino a la persona misma, o casi, hasta que la miras de cerca. Pero yo nunca he visto a Farris ni a nadie que se le parezca. Sólo por eso era inimitable. Tenía rasgos casi equinos, el pelo negro como crines, el paso relajado, y los ojos oscuros y brillantes, pero no podías poseerlo. Él podía obedecer —de

hecho, era obediente—, pero nunca se dejaría poseer. Yo lo admiraba y lo quería como se quiere a un caballo: dale lo mejor de ti o te derribará.

Dando vueltas en coche por barrios periféricos, grises y desconocidos, saqué una triste impresión de París que ni los Campos Elíseos, anchos como la cubierta de un portaaviones y casi desiertos, lograron mejorar. Parecía una ciudad oscura y algo deshonrada que había logrado sobrevivir a la guerra. Los monumentos y las fachadas de piedra estaban negros, pero era de suciedad y no por el humo de la catástrofe. Los franceses se habían derrumbado en el primer asalto y habían entregado la capital intacta, un acto acorde con una virtud como la prudencia, pero sin tener en cuenta otra: la fortaleza.

Yo hablaba un poco de francés, lo que recordaba de mis tiempos escolares. Hoy día la disciplina de estudiar cosas que no quieres aprender en la que se basó mi educación ha caído en desgracia. Leíamos episodios de *Viento, arena y estrellas* con el dedo de los analfabetos. La noción de que una persona, un lugar o una cosa fuera masculino o femenino carecía de sentido, y la posibilidad de que uno utilizara alguna vez el francés parecía remota. No era más que otro escollo, como aprender a bailar.

No sé adónde fuimos aquella noche ni qué bebimos. Lo que sí recuerdo es el amanecer y una imagen como del paraíso de Mahoma dando vueltas en coche por las calles con la capota bajada y seis chicas, un par sentadas en ella, o a nuestro lado, otro par en nuestro regazo. Era como cabalgar entre flores; Montmartre se veía granulada a la luz temprana en la que todo, cada deformidad y tugurio barato, cada restaurante y tienda mugrientos, era puro. Está el París de Catalina de Médici, en las Tullerías, tal como lo describió Hugo; el de Enrique II en el Hôtel de Ville, el de Luis XIV en los Inválidos, el de Luis XVI en el Panteón y el de Napoleón en la place Vendôme. Pero también está el París de los que nunca gobernaron, de los poetas y los soñadores, y era el París de Henry Miller el que estábamos recorriendo. Yo no había leído nada de él pero me lo imaginaba,

cautivado, enloquecido, en desacuerdo con todo y al instante siguiente aceptándolo, vestido de pana gastada y sin corbata mientras andaba por las calles hacia su casa; o tal vez lo había leído y me embargaba la alegría al constatar la existencia de este París en el que uno se despierta magullado después de noches apoteósicas, noches imborrables, con los bolsillos vacíos, los últimos billetes en el suelo, tan arrugados como tus recuerdos. Subimos las escaleras con tres chicas cada uno mientras el director del club echaba una cabezada en el coche.

París. Muy de mañana. Su aliento fresco, sorprendentemente fresco. Su elegancia y sus calles antiguas, su precio siempre asombroso. El ruido del tráfico de primera hora. El cielo, limpio y amplio. En algún lugar de la galería del amor, donde los cuadros lo conmueven a uno más allá de las palabras, la luz, la divinidad, el aplomo absoluto, donde en camas deshechas, en susurros, se presenta la vida por la mañana, veo fugazmente un plano de Farris totalmente íntimo, con un brazo desnudo caído por el lado de la cama como el de Marat. Entonces, como en muchos otros momentos, era como un dios, o estaba dotado de una gracia que Dios a veces concede, el don de todo ciervo y liebre que no abunda entre los humanos. Luego empieza a temblar, esta imagen junto con la habitación anodina, la felicidad es insaciable y vale cualquier cosa, alguien susurra, alguien se ríe, hay coches en la calle, se oye el ruido de agua que corre en la habitación. Todo era un juego, el que yo había estado buscando, del mundo de los adultos. Una hora más tarde las calles nos reclamaron; la noche había pasado.

Años antes, cerca de la Gare Saint-Lazare, Babel había visto a una mujer alta y guapa con un traje de noche escotado y desteñido, esperando clientes. Se parecía a Hélène Bezukhov, ¿verdad?, le preguntó a su compañero. Podrían haberla seleccionado fácilmente para el papel de la elegante protagonista de *Guerra y paz*, aunque costaba lo mismo que todas las demás. Así era París aquella primera noche; me hizo pensar en algo más refinado. En 1950 no se había cansado de nosotros. Todavía éramos apuestos y

despertábamos admiración; nos sonreían y se volvían por la calle. Las habitaciones eran frías pero de dimensiones proporcionadas, y había más que un indicio de otra vida, libre de inhibiciones conocidas, una vida sagrada, este gran museo y jardín de placeres que había evolucionado sólo para ti.

Las zonas de París que descubrí primero fueron las menos amables: los Campos Elíseos, la avenida de la Ópera, la llogreguez del primer *arrondissement*, los grandes almacenes y las estaciones. Llevaba en el bolsillo, a modo de primera guía, tres o cuatro tarjetas que me había escrito Herschel Williams, un hombre alto y paternal con un encanto seductor que había sido compañero de estudios en Washington. En su juventud había acompañado a debutantes, había escrito una obra de teatro de éxito y es probable que viajara por Europa como parte de su formación; más tarde fue allí seguro. Una tarde en Georgetown desenroscó la pluma estilográfica, un acto parsimonioso de un mundo más refinado, y escribió lugares y nombres para mí como yo haría en los próximos años para otros. París como legado. Las tarjetas que él garabateó han desaparecido, pero aún recuerdo lugares emblemáticos, como un marino que ha visto, fugazmente y sólo una vez, un mapa secreto. Restaurantes en los que no podía permitirme comer. Calles de la clase pudiente. El club nocturno que él frecuentaba y que hace tiempo que cerró; tenía violinistas con esmoquin y una barra de generosas dimensiones donde a partir de las once y media de la noche aparecían las chicas que no habían encontrado ningún cliente para la velada, chicas como las del tren del cuento de Maupassant, de quienes la vieja campesina dice: «Son perdidas que van a ese condenado París.»

También me recomendó el Hôtel Vendôme. Aquella vez pasé por delante, pero llegaría a aprenderme casi paso a paso el camino hasta allí. En la esquina donde confluían la rue de Rivoli y la rue Castiglione, Sulka, una tienda cara para hombres. Más allá, la acera

que era un mosaico de azulejos pequeños, agrietados y hundidos. Luego la English Pharmacy y, más adelante, en la esquina, todavía bajo los soportales sombríos, el estanco. Ahí sigue, aunque cambiado, con el mármol oscuro de los escaparates en los que había pipas, mecheros y pequeños objetos de regalo, y tal vez unas pocas guías. Pero en el interior, en una vitrina alta situada a un lado, había libros de la editorial Olympia Press y obras de más dudoso prestigio (con las cubiertas de colores pasteles en lugar de verde, si no recuerdo mal) de Obelisk Press y Traveler's Companion.

Allí uno podía pasar horas curioseando, sin prisas. La vida corriente se sumergía, discurría por debajo. En la calle, a menudo fría y húmeda, había transeúntes con abrigo y cara de preocupación, pero dentro de la tienda uno hojeaba libros en una especie de sueño narcótico. Fue donde compré *Santa María de las Flores*, *Trópico de Cáncer*, por supuesto, y *El hombre de mazapán*, así como obras de Sade, Burroughs y, más tarde, Nabokov. El editor de estos distinguidos libros, Maurice Girodias, acabaría cerrando y viéndose obligado a exiliarse.

Girodias merece algo más que una apresurada nota a pie de página. Unido a los escritores en su pobreza y juventud, parece haber tenido una reputación cuestionable, y es probable que fuera poco honesto en sus tratos y que más tarde aquéllos lo desearan. Puede que tuviera defectos, pero yo no los detecté la única vez que cené con él años después. Su amargura era profunda. Hablamos de la ironía de todo ello y fue capaz de sonreír. A efectos prácticos seguía viviendo prácticamente en el exilio, dijo, en el *arrondissement* veinte, más allá de Père Lachaise, donde apenas se veía París.

En 1958, más o menos, me topé con la edición de Girodias de la famosa apostasía de Pauline Réage, cuyas primeras y frías páginas fueron para mí como una puerta prohibida que se abre; el resto, a medida que la leía, incapaz de soltarla, me dejaron en un estado febril (no me habían fallado las piernas de ese modo desde que había leído *Love and Death* de Llewelyn Powys, del que podía recitar párrafos enteros de memoria a los

dieciocho años). No estoy seguro de que la obra de Réage, *Historia de O*, me hiciera daño, pero me marcó profundamente. Aunque pensaba mucho en ella, rara vez la mencionaba, y eso me protegió. Hasta que una noche, en el confort del piso forrado de libros de Ben Sonnenberg en Nueva York, salió de algún modo a colación, y una joven contó que había leído la novela con sus amigas en el campamento de verano y desde entonces no habían parado de hablar de ella. Me llevé un chasco. Si pasar por esa experiencia dejaba indemnes a unas colegialas, entonces es que no había nada que proteger.

Estaba el París de los hoteles, que componían una especie de topografía, como los nombres de las islas, cada uno con su propia aura y su tamaño. El Royal Monceau, donde las alfombras desprendían una fragancia antigua y reinaba una opulencia de precio reducido. El France et Choiseul, con su patio desnudo y sus suites mal amuebladas; el Calais, escondido detrás del Ritz; el hotel donde la chica tiró por la ventana del tercer piso la ropa de Damon cuando él le dijo que no iba a pagarla; el Récamier, encajado en una esquina; el Esmerelda, con una botella de Badoit enfriándose en el alféizar; el Saint Regis, con la madera oscura y brillante, el lujo y la iluminación de techo; el Richepense justo al lado de la place de la Madeleine un invierno de una soledad extraordinaria, y Prunier más abajo, donde era demasiado caro comer; el Quai d'Orsay, el hotel por excelencia, sentimentalmente hablando; el Trémouille.

En el bulevar Raspail estaba L'Aiglon, estrecho y de color crema, con los zapatos de piel de lagarto del afamado Luis Buñuel en la puerta de la habitación contigua. Brumosas mañanas de invierno, el cementerio eterno al otro lado de la ventana, los muros cubiertos de hiedra. Simone de Beauvoir, con zapatos y medias blancas de enfermera, y su belleza desvanecida, caminando hacia el bulevar desde el café de la esquina donde solía encontrarse con Sartre para desayunar.

Sobre una de las primeras mesillas de noche, con el tablero de cristal, creo, y un collar de oro sencillo lánguidamente extendido sobre él, hay una lista ciclostilada de restaurantes facilitada por el agregado aéreo. Allí aparecían el Androuët, considerado único porque ofrecía exclusivamente quesos; otro local con osadas caricaturas en la carta inspiradas en Rabelais, y el Lido («sentarse a la barra»). El Mayol, y allí fuimos. Era húmedo y viejo, con los asientos gastados. Chicas desnutridas, escenario desnudo, vestuario que había perdido el brillo, y un par de pechos hermosos como si, en medio de todo ello, Francia estuviera mostrando de qué era capaz. Los busqué en el programa. La fotografía que encontré era un pálido recordatorio, como la de un pasaporte.

Luego estaba La Coupole, un clásico, con su bullicio y sus mil caras de quién sabe qué: arrogancia, inteligencia, arte. Allí se exponía uno a esa vieja enfermedad de difícil cura que es el descontento. Un productor que más tarde moriría de sobredosis, Jean-Pierre Rassam se llamaba, tan inconformista como encantador, estaba siempre allí y siempre solo. Estaba convencido de que una noche conocería allí a la mujer de sus sueños y no quería estar con nadie más en ese momento. Partía de una premisa errónea, pues uno siempre está con alguien más.

Había lugares, en los inicios, empezando desde abajo, habitaciones que daban a un patio interior con las luces fundidas, cuando la ciudad era infranqueable y se te iban las horas en recados interminables bajo la lluvia o en el frío, leías periódicos usados y te saltabas comidas. Estabas solo, con poco dinero, escaso coraje y un nombre en un papel: alguien que trabajaba para una compañía de barcos de vapor o en la embajada, que nunca estaba en la oficina o que nunca devolvía las llamadas. Y había lugares que nadie habría imaginado nunca, grandes salones en el Plaza Athénée, donde las monedas se deslizaban inadvertidamente entre los cojines y los platos de las bandejas se quedaban a medio comer. Habitaciones que apenas se pisaban y habitaciones en las que transcurría toda una vida, habitaciones con vistas a medio mundo.

Lo que me atraía de París era la elegancia y el orden, aspectos que al principio no era capaz de ver, cosas venerables y sorprendentemente nuevas, la vida de las calles y la vida que sobrevive a la agitación y a la muerte. El viejo conde que vivía en el Quai Voltaire, en el mismo edificio que todas sus hijas y los maridos de éstas. Había una mujer estadounidense que vivía enfrente y se daba el gusto de saludarlo siempre. Un día anunció que se iba, que regresaba a Estados Unidos. El viejo conde pareció interesarse. «*L'Amérique est-ce que c'est loin?*», le preguntó cortésmente. ¿Está muy lejos?

Poco a poco uno va elevándose hasta verlo todo, por habitaciones, pisos, salones. De ventana en ventana, de escena en escena. En el Hôtel du Quai Voltaire el río pasaba muy cerca y al otro lado se veía la larga cortina gris del Louvre. Estando allí algo se apoderó de mí; me quedé temblando en la cama, con los brazos y las piernas doloridos. Tenía la piel tan sensible que no soportaba que me tocaran. Pensé que había cogido la gripe, pero era algo más, si bien no supe reconocer los síntomas: era hepatitis. Estuve semanas en el hospital, al principio delirando y luego, durante largos días, leyendo una enciclopedia de enfermedades y esperando el informe del último análisis de sangre. El blanco almidonado de las enfermeras es algo hermoso, como lo es el periódico. Cuando caí enfermo era invierno, el mes de febrero, y me puse en pie, tembloroso, la primavera de 1962.

El glamur, los ramos de flores como el que lanzó Gershwin, los cantos fúnebres de Jean Rhys, las cantantes de los clubes nocturnos, el estilo. La ciudad se distingue por todos los sentidos homenajes de sus cronistas y admiradores; éstos crean algo aún más perdurable que la ciudad burguesa de piedra. El París de Atget. De Brassai —que no era francés; de niño vivió en la rue Monge—, fotos de burdeles de la rue Monsieur-le-Prince o de la rue Grégoire-de-Tours; luces de puentes envueltos en niebla, ni un ruido, ni

siquiera el de un cigarrillo tirado al agua, el río de una inmovilidad pétrea; el viejo Matisse con una modelo desnuda, los pezones negros como cerezas; la lujosa miseria de los estudios, el de Picasso, el de Bonnard; noches de París, mujeres desnudas con nalgas como jamones y por todas partes grandeza, desfilas de gente; las liebres colgadas en las carnicerías, la ropa de seda en los escaparates caros, y una súplica: «Concédeme —está diciéndolo alguien—. Otórgame...»

En la rue des Belles Feuilles hay un coche con matrícula 77 —de los barrios acomodados del sur— parado en medio de la calle, con el maletero abierto. El tráfico, entre bocinazos, se amontona detrás. De vez en cuando sale un hombre de un edificio con una caja para meterla en el maletero. Finalmente sale con toda parsimonia una mujer con un largo abrigo de piel —los conductores de los coches parados están frenéticos—, hace un último gesto a alguien, se sube al coche y se va sin mirar atrás.

Las mujeres de París, su elocuencia, su desdén y su agudeza. En la *épicerie* hay otra con vaqueros y chaqueta Levi's, cuello alto y bufanda enrollada con insolencia, facciones delicadas, un cuerpo magnífico —brillante y fuera de circulación, como se dice de ciertas monedas— que te mira sin curiosidad ni vergüenza y se vuelve de nuevo hacia el escaparate. La acompaña un hombre alto y rubio con cazadora de cuero. Ella no se ha molestado en ponerse a la cola. Se limita a echarse el pelo hacia atrás, exhalando autoestima.

O la rubia de la Closerie que está sentada en un reservado, cerca del hombre que tiene delante, y que fuma y hace continuos movimientos de cabeza mientras él habla, mirándolo con complicidad, como si dijera: «Sí, de acuerdo, por supuesto», y aún más francamente: «Sí. Claro que puedes.»

No son tanto tentaciones como consuelos, el consuelo de lo proverbial, de las cosas dignas de existir.